

EL SOCIALISMO COMO SISTEMA DE MODERNIZACION ACELERADA EN LAS PERIFERIAS MUNDIALES

Por H. C. F. MANSILLA

Tanto la praxis cotidiana en los países con régimen socialista en el Tercer Mundo como importantes esfuerzos teóricos (la obra de la Escuela de Francfort, las tesis de marxistas arrepentidos como Karl August Wittfogel y estudios comparativos basados en un amplio material empírico y estadístico) han dado verosimilitud a la hipótesis de que el socialismo radical, particularmente aquel que se reclama de marxista-leninista, se reduce en el fondo a ser un sistema de modernización acelerada en los continentes del Tercer Mundo, en ese mundo periférico que generalmente no ha llegado aún a la etapa de una amplia industrialización, pero que quiere alcanzar los frutos del progreso material en el lapso más breve de tiempo.

El sistema socialista aparece como la última esperanza ante los ojos de los pueblos empobrecidos del Tercer Mundo y de sus vanguardias intelectuales, y esto sería imposible si no hubiese cierta base material para sustentar esta creencia; a pesar de todos sus errores y retrocesos, sus actos anti-libertarios y sus manías economicistas, los diversos experimentos socialistas emergen como una alternativa válida y más promisoría que la manutención del actual *statu quo* «feudal» o «capitalista».

La cuestión planteada por esta visión del socialismo es, sin embargo, mucho más compleja de lo imaginado por unas corrientes de opinión muy generalizadas en las naciones del Tercer Mundo y en los círculos marxistas de las naciones metropolitanas que se preocupan por la suerte de los países en vías de desarrollo.

Primeramente, la urgencia contemporánea por el desarrollo —que es manifiestamente el fundamento para la popularidad del socialismo en las

naciones periféricas— es un fenómeno relativamente reciente: con toda seguridad, un producto del siglo xx y más probablemente de la época posterior a la segunda guerra mundial, es decir, un fruto del incremento espectacular de las comunicaciones entre las naciones más avanzadas y las áreas aun atrasadas. Se puede afirmar que la idea misma de subdesarrollo ha nacido de la comparación entre la situación imperante en los países pobres y los logros alcanzados en las grandes potencias, logros que adquieren así la categoría de paradigmas según los cuales se mide todo progreso. La noción de subdesarrollo es, pues, un concepto derivado; su núcleo positivo está determinado por los *efectos de demostración* que genera la civilización industrial del norte sobre la mentalidad colectiva de los pueblos meridionales.

Los objetivos mismos de la evolución histórica en las periferias mundiales no son una creación autónoma de aquellas sociedades, sino una adaptación del paradigma de desenvolvimiento socio-económico de los países ya altamente desarrollados. Este es el caso en el intento de conseguir los frutos del progreso material en el lapso más breve de tiempo; el socialismo en el Tercer Mundo debe su resonancia al hecho de ser aparentemente un método rápido y eficaz para obtener esos resultados positivos que generalmente se esperan de la cultura y del modo de producción modernos. Paradójicamente, la ideología y los modelos socialistas adquieren notoriedad pública con la expansión de las posibilidades educativas, con la formación de un estrato de intelectuales descontentos y con la ampliación de las comunicaciones de todo tipo entre el Tercer Mundo y la civilización industrial. El descontento con lo que uno tiene adquiere contornos precisos cuando se dan amplias oportunidades de comparación. Surge entonces la impresión de que un incipiente progreso educativo-cultural en las propias naciones periféricas, juntamente con un aumento de la movilidad social y con una multiplicación de los contactos a nivel mundial, han sido las bases para el surgimiento masivo de corrientes socialistas a partir de 1945 en América Latina, Asia y África. En última instancia, socialismo viene a ser una canalización del descontento sufrido por las clases medias en las áreas subdesarrolladas frente a los efectos de demostración irradiados en todo sentido por las naciones industrializadas, descontento que nos muestra obviamente la intención colectiva de llegar en forma acelerada a las pautas de consumo de las sociedades del norte.

Es verdad que algunos movimientos socialistas han sido capaces de movilizar grandes masas de desposeídos, como en China y Vietnam, pero la dirección de estos levantamientos estuvo desde el primer momento en manos de intelectuales provenientes de las capas medias o altas, quienes querían para sus pueblos la consecución de los llamados «logros» de la cultura

metropolitana. Además, en muchos otros experimentos socialistas en el Tercer Mundo, como Cuba, Etiopía o Afganistán, el apoyo popular ha sido esencialmente más restringido y se ha destacado mucho más el papel de la jefatura intelectual modernizante. En todo caso, se ha tratado de revoluciones socialistas muy distintas de las previstas por Marx (y la distancia entre ambos fenómenos *no confirma* la tesis de que los movimientos socialistas en el Tercer Mundo hayan sido revoluciones genuinamente proletarias).

Según Marx, la revolución socialista debería ser justamente el resultado de la evolución más avanzada del sistema capitalista; el florecimiento de las fuerzas productivas, de la tecnología y de la ciencia tendría que suministrar aquella riqueza de recursos, esa abundancia de bienes y servicios, cuya utilización razonable estaría impedida por las relaciones capitalistas de producción. La revolución socialista se construiría sobre la base material desarrollada durante el dominio de la burguesía y sería la autoliberación y la auto-realización de la inmensa mayoría de los hombres en interés de toda la colectividad, eliminando y superando ante todo las relaciones de explotación y los fenómenos de alienación. Que una revolución socialista emergiese en la periferia del sistema capitalista, en su punto más débil, en los países atrasados, estaba sencillamente fuera del pensamiento de Marx (1).

Se puede aludir al hecho evidente de que a partir de 1870 Marx mostró una gran inclinación por los asuntos de Rusia; en un pasaje muy bien conocido entrevió también la posibilidad de que Rusia pase al socialismo sin pasar por el infierno capitalista, pero fue más bien un argumento algo aislado dentro del sistema de su pensamiento. En todo caso, una revolución en Rusia no debería servir de modelo para Europa occidental y el resto del mundo, ya que Marx veía en Rusia la encarnación del despotismo oriental (2). Su posición era la de un demócrata clásico de la Europa burguesa, consternado por la pesadilla del autocratismo ruso y convencido de que toda corriente reaccionaria provenía de las profundidades asiáticas. La obra de Marx en su conjunto —como crítica al capitalismo— apunta a la necesidad del desenvolvimiento de las fuerzas productivas y del modo capitalista de producción como precondiciones indispensables para el surgimiento de una sociedad emancipada; la idea de que precisamente el atraso y la mi-

(1) Sobre el problema de la transición, cfr. PETER HENNICKE (comp.): *Probleme des Sozialismus und der Übergangsgesellschaften* (Problemas del socialismo y de las sociedades de transición), Francfort, Suhrkamp, 1973, pág. 142.

(2) Sobre esta temática, cfr. la compilación de escritos de Marx y Engels sobre Rusia y el estudio crítico de MAXIMILIEN RUBEL: «Karl Marx/Friedrich Engels», en *Die Russische Kommune. Kritik eines Mythos* (La comuna rusa. Crítica de un mito), compilada por M. Rubel, Munich, Hanser, 1972, *passim*.

sería son los presupuestos del socialismo no tiene ahí la más mínima cabida.

En cierto sentido, Lenin invirtió la hazaña de Engels: Hegel y su dialéctica, que habían sido puestos sobre sus pies, volvieron a ser colocados de cabeza: las ideas socialistas reemplazaban los fundamentos materiales que faltaban. Además de esa inserción de activismo voluntarista, el marxismo ruso —y el periférico en general— trajo consigo una *desoccidentalización* de la doctrina marxista (3). Los elementos democráticos del marxismo primigenio fueron dejados a un lado, tanto en la teoría leninista como en la praxis soviética, favoreciendo así las propensiones autoritarias típicas de la tradición rusa: la tendencia a las creencias dogmáticas, el énfasis en la violencia y en la actividad conspirativa, la subordinación del individuo bajo los organismos colectivos, la intolerancia hacia los disidentes y la suspicacia generalizada. La base del estalinismo posterior —tanto en su aspecto dictatorial como en el de la modernización acelerada— estaba ya dada en la teoría leninista.

El debate en torno al carácter intrínseco de la revolución rusa es relevante, pues fue el primer intento de modernización acelerada en la —entonces— periferia mundial bajo el signo del socialismo, conformando desde aquella época un paradigma aún válido y atractivo de modernización acelerada, que tiene además la fama de ser más dinámico, más justo y más adecuado a las necesidades actuales de los pueblos del Tercer Mundo. Equivocadamente o no, la conciencia intelectual mayoritaria en las naciones atrasadas tiende a identificar el capitalismo con estancamiento, bajos índices de producción y productividad y con la falta de una industrialización de gran envergadura y a equiparar el socialismo con una posibilidad de crecimiento y desarrollos acelerados, con tasas elevadas de productividad y eficiencia y con el establecimiento de una industria pesada comparable a la existente en las naciones metropolitanas. Independientemente de la veracidad de estas suposiciones, la popularidad de los diversos modelos socialistas está vinculada a la firme creencia de que los pueblos del Tercer Mundo necesitan experimentar imprescindiblemente una evolución histórica que se asemeje en lo esencial a la que han tenido las naciones hoy altamente industrializadas; al mismo tiempo, se estima como artículo de fe que las grandes potencias occidentales están impidiendo este desarrollo en las periferias y que, por tanto, la solución reside en la instauración de un modelo socialista.

Se afirmaba anteriormente que la expansión de estas ideas está estrechamente ligada a un aumento cualitativo de las comunicaciones entre las naciones avanzadas y el mundo pobre a partir más o menos de 1945, hecho

(3) Z. BRZEZINSKI: *Between two Ages*, Nueva York, Viking, 1971, págs. 127.

registrable sobre todo en las capas medias; antes de la segunda guerra mundial, la urgencia por el «desarrollo» (esa palabra de contenido y fuerza mágicos hoy día) era muchísimo menor y tenía probablemente otros objetivos: mejor salubridad, más carreteras, un nivel de vida más alto. La aspiración por el progreso ha existido siempre, pero antes era un sentimiento más difuso y compartido por estratos sociales más restringidos. Pero ahora el contenido mismo del progreso y del desarrollo se ha convertido en algo muy preciso, y justamente este hecho nos muestra la *dependencia* de esta concepción con respecto a los paradigmas metropolitanos, ya que «un desarrollo adecuado y de acuerdo a las necesidades de los pueblos oprimidos» significa, en el fondo, imitar la evolución de los centros metropolitanos. Esta reproducción comprende los aspectos fundamentales de la *modernidad* de los países del norte: industrialización en un frente muy amplio, expansión de las funciones estatales junto con la consolidación del Estado nacional, consumo masivo de alto nivel e introducción de las normas contemporáneas de comportamiento social, basadas en los principios de rendimiento y rentabilidad. Se trata, en el fondo, de la adquisición de elementos y logros que han emergido primeramente en Occidente y que han determinado la grandeza y el éxito de los países europeos y norteamericanos. Lo que ha sucedido es que la difusión y popularidad de estos componentes de la modernidad han alcanzado un grado tal que se los considera habitualmente como metas normativas que pueden y deben ser alcanzadas por todas las sociedades y naciones de la tierra.

Todas las corrientes ideológicas importantes en el Tercer Mundo sostienen que esas metas normativas son, en realidad, los objetivos comunes a todas las culturas, a los que se llega por distintos caminos y en lapsos de tiempo diferentes, pero que conforman las metas «naturales» de toda evolución histórica.

Desde una posición crítica, y teniendo a la vista la evolución interna de esas sociedades hasta su integración en el mercado mundial, se puede aseverar que el camino hacia la industrialización, la expansión del Estado nacional (de tipo europeo occidental) y la racionalización de la vida social representa la característica de la evolución occidental, que es la estructuración de todas las esferas sociales según el principio de la actuación controlada por la racionalidad instrumental, dando lugar a un tipo excepcional de organización comunitaria (4). Creo que la gran mayoría de las sociedades no europeas transcurrieron, hasta su primer contacto con Occidente y su inte-

(4) Sobre este teorema enunciado por Max Weber, cfr. GÜNTER ABRAMOWSKI: *Das Geschichtsbild Max Webers* (La concepción histórica de Max Weber), Stuttgart, Kohlhammer, 1966, pág. 14.

gración en el mercado mundial y en el sistema generado por los países llamados capitalistas, en procesos históricos relativamente estacionarios, en los cuales se podía constatar muchos sucesos, pero no un desenvolvimiento lineal hacia formas racionales de organización social. En estas sociedades no surgieron modelos de industrialización basados en la tecnología, no se realizaron descubrimientos científicos ni inventos técnicos, no emergieron modelos políticos influidos por concepciones racionales y no hubo intentos de crear pautas modernas de comportamiento eficiente. Todos esos aspectos fueron adaptados después de la vinculación de estas sociedades «periféricas» con el mundo occidental; la introducción de ellos ha sido, por otra parte, tan total y de tanto éxito, que ahora son considerados como fenómenos propios y naturales y como fines obvios de todo proceso evolutivo histórico.

Lo que sucedió fue que los ahora llamados centros metropolitanos adquirieron esa categoría de *centrales* cuando algunos Estados de Europa occidental empezaron a expandirse a nivel mundial a partir del siglo xvi, a estructurarse modernamente y a industrializarse, mientras que las actuales periferias mundiales se transformaron en naciones *periféricas* cuando no pudieron generar una evolución comparable a la europea y pasaron, por ende, a convertirse en países de segundo rango, en sociedades que copian los paradigmas de desarrollo originados en otras latitudes. Este proceso se hizo consciente en la mayoría de los países del ahora Tercer Mundo, cuando las posibilidades de comparación se hicieron masivas, es decir, cuando dejaron de ser el privilegio de una elite que no sacaba conclusiones práctico-políticas de este estado de desigualdad.

Ya en el siglo xix hubo intentos de reducir la brecha entre las naciones avanzadas y las explotadas, sea por intentos autónomos de industrialización (como en algunos países latinoamericanos), sea por rebeliones contra toda forma de predominio europeo (como en algunos lugares de Asia).

Pero han permanecido como episodios aislados en el gran libro de la historia. Las diferencias abismales entre las naciones industrializadas y los países subdesarrollados se volvieron un problema político de gran resonancia social cuando las capas medias se dieron cuenta del problema y cuando sus intelectuales descontentos comprendieron que los modestos intentos de modernización, llevados a cabo por las clases altas tradicionales y a un ritmo batante lento, no estaban a la altura de la época y de las necesidades populares. De ahí surge la condición posibilitante para las audiencias masivas de los partidos socialistas y para la plausibilidad de su modelo de industrialización acelerada copiada de un paradigma primigenio que sería la Revolución de Octubre, no tanto socialista en el sentido de Marx cuanto modernizadora con tinte autoritario.

Esta combinación de aspectos autoritarios es sumamente popular. Casi todas las sociedades del Tercer Mundo no han tenido tradiciones democráticas, y tampoco sus intelectuales han sido formados en una atmósfera propicia al Estado de derecho, al pluralismo y al respeto a las libertades políticas. Por tanto, la propagación de un modelo de desarrollo con elementos autoritarios —como el cubano, basado esencialmente en el soviético— encuentra una acogida positiva en el preconsciente colectivo de aquellas comunidades, formado éste por pautas aliberales, jerarquías irracionales y costumbres totalitarias.

Además, la adopción de metas normativas tomadas del mundo occidental, como la industrialización y la racionalización del comportamiento, resulta más fácil y «digerible» si se afirma simultáneamente que se trata de un modelo autóctono de desarrollo, aunque la validez de este enunciado tenga aplicación exclusivamente en terrenos *secundarios*, como la política y las manifestaciones culturales. Tenemos así una mezcla híbrida de elementos modernos de proveniencia occidental en el campo industrial-económico con aspectos autoritarios de origen preburgués en las esferas de la familia, de las relaciones individuales, del arte, de la literatura y del quehacer político. Las exigencias del autoctonismo y el pretendido carácter original y propio del modelo de desarrollo se restringen ciertamente a este plano político-cultural, lo que permite la imitación de los patrones occidentales con toda tranquilidad en el terreno decisivo de la producción y el consumo. En este sentido no es posible registrar la más mínima innovación en todas las sociedades del Tercer Mundo, tanto en las que llevan a cabo su programa de modernización bajo signos capitalistas como en los intentos socialistas.

Llegamos entonces a la conclusión de que el establecimiento del primer sistema mundial de industrialización en Occidente imposibilitó a las naciones no europeas de evolucionar orgánicamente según sus leyes inmanentes válidas hasta el contacto culminante con aquella civilización expansiva. Por otra parte, este mismo contacto, la colonización y la situación de dependencia han impedido que las sociedades periféricas recorran la clásica secuencia feudalismo/capitalismo/socialismo, dando más bien lugar a regresiones históricas, a modernizaciones autoritarias y a procesos evolutivos para los cuales nos falta aún el instrumento conceptual.

En efecto, las categorías y los conceptos de las ciencias sociales e históricas han brotado a lo largo del estudio y de la crítica de la evolución europea occidental en los últimos siglos; el marxismo, por ejemplo, ha creado sus herramientas teóricas mediante el análisis del capitalismo en las sociedades más avanzadas de Occidente, y existen dudas fundamentales de que sus conceptos, teoremas e hipótesis sirvan para una explicación adecua-

da de fenómenos totalmente distintos y surgidos de una constelación histórica muy diferente a la que hacía de marco de referencia original. El instrumental teórico del marxismo ha sido ampliado y refinado en los últimos decenios, pero pese a esta labor, ciertamente seria y a veces creativa, las presunciones básicas de todas las corrientes marxistas son esencialmente *eurocéntricas* y referidas a un paradigma de desarrollo (el industrialismo iniciado por Gran Bretaña) que adquiere una fuerza normativa inescapable. Por otra parte, el hecho de que los regímenes socialistas se hayan iniciado en las periferias mundiales y no en los centros capitalistas —como se infería *necesariamente* de todo el *corpus* de la doctrina marxista— ha puesto a esta última ante problemas que son insolubles dentro de su propio marco teórico.

Los experimentos socialistas, que no corresponden a las intenciones humanistas del marxismo original, pertenecen en realidad a una variedad del proceso de modernización, cuya característica principal es el intento de reproducir la acumulación primigenia de capital prevaleciendo a mismo tiempo la propiedad estatal de los medios de producción. En general, el concepto de modernización comprende diversos procesos (acumulación, industrialización, superación de las pautas tradicionales de comportamiento, expansión universal de la racionalidad instrumental, etc.) que pueden ocurrir con éxito variable y bajo diferentes sistemas de control, planificación y propiedad de los medios de producción y que, de alguna manera, han sido anticipados por la evolución de Europa occidental. Precisamente los ejemplos de Rusia y Cuba ilustran esta tesis de la dependencia de los regímenes socialistas con respecto a los paradigmas establecidos por las naciones llamadas capitalistas: la mayor parte de todo el esfuerzo revolucionario está dedicado a la construcción de una infraestructura y una industria, cuya estructura y funcionamiento han sido concebidos por la civilización técnica de Occidente. Esta concentración en la problemática económica tiene además otras importantes connotaciones: descuido de los aspectos culturales y políticos, validez sólo verbal de los designios emancipatorios, regresión en el campo del ordenamiento institucional y jurídico, reintroducción de principios éticos tradicionales y preburgueses y creación de un clima social de intimidación de xenofobia y de amoldamiento pasivo a los cánones dictados desde arriba.

Parece que todos los procesos de modernización, así sean socialistas o capitalistas, denotan una cierta afinidad: desdén del sector industrial a costa de la población campesina y de la agricultura, restricciones a los derechos individuales y políticos en favor de la ampliación y el perfeccionamiento de la burocracia, introducción de normas racionales de comportamiento y gratificación (mientras no sean incongruentes con el sistema)

y florecimiento de un estrato indispensable de especialistas, gerentes y manipuladores de masas.

Ahora bien: en Rusia, en la entonces periferia europea, se inició un ensayo de modernización conscientemente dirigido y acelerado por una elite de intelectuales, salidos en su mayor parte de las clases medias, a quienes les era particularmente doloroso el comprobar la distancia que separaba la Rusia zarista de Europa occidental, especialmente en la dimensión económico-técnica y en el campo de la racionalidad cotidiana. Resumiendo, se puede aseverar que el programa bolchevique tenía como objetivo principal la reducción de aquella disparidad entre el propio país y las naciones más avanzadas de Occidente, utilizando un modelo político revolucionario en su sistema de estructuración social, pero tradicional en el empleo de métodos para movilizar, controlar y gratificar a las masas. Esta combinación híbrida de política revolucionaria con prácticas sociales convencionales se manifestó claramente en la larga era estaliniana, cuando la teoría y la fraseología revolucionarias se convirtieron en el ornamento sangriento de una modernización ultra-acelerada, la cual no retrocedió ante la represión más violenta de la historia contemporánea con tal de alcanzar sus objetivos centrales, entre los cuales se hallaba la creación de la industria pesada soviética. Y hay que considerar que, después de todo, Stalin fue muy exitoso: logros esenciales como la modernización forzada, la conformación específica de la esfera política de acuerdo a líneas autocráticas y las victorias militares son aún hoy las piedras angulares del sistema soviético, a pesar de una crítica no muy intensa del «culto a la personalidad» y de algunos excesos del «gran conductor de los pueblos».

La popularidad constante del modelo soviético como base de todos los otros intentos de modernización socialista se debe a esos factores ya mencionados: acción consciente de una elite que no quiere dejar el proceso de cambio social en manos del espontaneísmo, de la casualidad y del tiempo; rechazo implícito de normas democráticas y liberales juntamente con la renovación de tradiciones autoritarias en nombre del genuino socialismo; y técnicas modernas de movilización y control de masas, que hacen indispensable e invulnerable el «trabajo» del partido.

Se ha discutido muchísimo sobre el verdadero carácter de la revolución rusa, y no hay que aventurar una nueva hipótesis sólo por el fin de crear conceptos. Fue evidentemente un movimiento social y revolucionario de gran envergadura, que produjo el fin del orden zarista y de la estructura tradicional de clases en aquel gran país. Ha sido manifiestamente de carácter socialista, aunque esto es negado, y con buenas razones, por muchos marxistas críticos e independientes. Pero ha sido, sobre todo, el primer intento

autoritario, exhaustivo y persistente de una modernización acelerada, que ha ligado inextricablemente la dictadura política con el progreso material inaugurando así uno de los fenómenos más marcados y característicos de nuestra época.

En la historia rusa hay una curiosa continuidad desde Pedro el Grande (fines del siglo XVII y principios del XVIII) hasta Stalin: ambos trataron de modernizar rápidamente el país, importando patrones occidentales, sobre todo en la esfera de la producción; ambos fueron grandes centralizadores y favorecedores de la ampliación de las funciones estatales. El progreso material propiciado por ambos no trajo consigo, empero, una limitación de la autocracia predominante, sino que sirvió para generalizar el despotismo y extenderlo a todas las provincias y ámbitos (5). Ambos, finalmente, no comprendieron que los avances que ellos admiraban en Occidente eran, en cierta medida, el producto de un mínimo de libertad e iniciativa individuales que no habrían tolerado jamás en Rusia.

Contra una visión liberal un tanto ingenua en torno al carácter siempre positivo del progreso material, se percibe que la evolución del progreso material en los últimos cien años demostró que los avances científicos y tecnológicos —y especialmente estos últimos— pueden conciliarse muy bien con regímenes totalitarios; la clásica tesis liberal sobre el condicionamiento mutuo de la democratización y el desarrollo de los conocimientos científicos ha resultado ser sencillamente falsa o muy ingenua. Aquí también hace falta una buena dosis de escepticismo.

Como indica Maximilien Rubel (6), el conjunto de las relaciones de producción de la sociedad rusa hacia 1917 no permitía establecer las instituciones y los vínculos humanos propios de un orden socialista que, a su vez, dejasen alcanzar y sobrepasar el nivel material e intelectual de la clase obrera en los países altamente industrializados, nivel adquirido a lo largo de una larga lucha sindical y política. Las declaraciones ideológicas de los dirigentes bolcheviques iban, empero, en la otra dirección, confiando en poder suplir esta carencia mediante la energía y la acción de los revolucionarios profesionales. De acuerdo a ellos, el partido comunista y el Estado socialista podían asumir la «misión histórica» que la burguesía rusa, débil y vacilante, no había podido cumplir; mediante el aparato burocrático y los instrumentos habituales de coerción, el socialismo en el poder se preocupó principalmen-

(5) Sobre esta problemática, cfr. el excelente estudio de UMBERTO MELOTTI: *Marx y el Tercer Mundo. Contribución a un esquema multilineal de la concepción del desarrollo histórico elaborada por Marx*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, pág. 125.

(6) M. RUBEL: *Le «chaînon le plus faible» à propos de la «loi du développement inégal*, en «Mondes en Développement», 1973, núm. 1, pág. 106

te por desarrollar las fuerzas productivas para suministrar a la santa Rusia un nuevo cariz, conformado por la civilización industrial y por las alienaciones modernas (7).

Los marxistas críticos de Occidente ven la situación desde otra óptica: 1) Es verdad que Marx veía en el proletariado el heredero y no el creador de los presupuestos materiales e intelectuales del socialismo y que no cesó de alabar los méritos históricos de la burguesía como generadora de esas precondiciones; también es verdad que Lenin imaginó de manera algo ingenua que una revolución socialista triunfante podría cumplir simultáneamente las tareas económicas, sociales y políticas inherentes al establecimiento de un orden emancipado, generando, sin quererlo, un sistema y un punto de vista tecnocrático-autoritario. Pese a todo, 2) el experimento iniciado con la Revolución de Octubre debe ser considerado positivamente, pues ha significado un gran avance para los pueblos de la Unión Soviética y una alternativa válida frente al zarismo.

Contra esta argumentación pueden señalarse varios aspectos. En primer lugar, aunque sea meramente especulativo el pensar qué hubiese pasado sin el régimen socialista en Rusia y con otro modelo de modernización, podemos inferir que probablemente los rendimientos económicos de otro orden social no habrían divergido cualitativamente de los alcanzados por el sistema comunista, máxime si éstos no son tan espectaculares como parece a primera vista, especialmente en una comparación internacional: hay una clara desproporción entre los inmensos esfuerzos desplegados por el régimen y sus modestos resultados en los campos tecnológico, innovativo, económico y en la producción de bienes de consumo. Los mayores éxitos se pueden constatar en el terreno militar, el cual, ya antes de 1917, recibía una atención particular de parte del gobierno ruso (8). Frente a estos mediocres efectos a largo plazo y en sentido comparativo, uno se pregunta dónde queda la legitimidad de la Revolución desde la óptica de la modernización. La prisa obsesiva de los revolucionarios profesionales en 1917 queda también en cuestión si consideramos que la Revolución de Octubre fue salvada por la introducción de la Nueva Política Económica (NEP) y por otras medidas que significaban una restauración parcial del odiado régimen «burgués», es decir, por cortes al infalible y científico programa socialista (9).

(7) *Ibidem*, pág. 107.

(8) Sobre esto, cfr. BRZEZINSKI: *op. cit.*, págs. 132 y sigs.; 158 y sigs., y 184.

(9) Acerca de esta problemática, cfr. MAXIMILIEN RUBEL: *La fonction historique de la nouvelle bourgeoisie*, en «Praxis. Revue Philosophique», vol. 1971, núms. 1-2, página 265, donde se tematizan dos fenómenos importantes: el activismo voluntarista de Lenin y su partido (según la fórmula: «On s'engage et puis on voit») y la función

El carácter paradigmático de la Revolución rusa no estriba en sus aspectos más publicitados y más tratados por la propia ideología, como la destrucción de la anterior estructura de clases, la estatización de los medios de producción o la instauración del gobierno de la vanguardia proletaria, sino en haber instituido algunos rasgos sustanciales que luego se reproducirían en todos los intentos de modernización acelerada bajo signos socialistas en el Tercer Mundo, rasgos que emergieron después de la terminación del período heroico de la Revolución de Octubre y durante la época estaliniana. En lugar de ser la correspondencia práctica del marxismo primigenio, el sistema social resultante en la Unión Soviética fue una mezcla de marxismo-leninismo y nacionalismo. El partido comunista dejó de ser una agrupación dominada por una elite intelectual cosmopolita y orientada internacionalmente, para convertirse en una rígida organización dominada por «hombres del aparato», quienes gozaban de una cultura muy inferior, pero de una capacidad notable para intrigar y desbancar a los oponentes. La lealtad de éstos al partido no estaba basada en un proceso intelectual, sino en una actitud institucional, comparable a la fidelidad de muchos sacerdotes de origen campesino a la Iglesia católica: el partido era al mismo tiempo la fuente de su poder decisivo político y del propio progreso individual. En el fondo, la nueva elite resultó ser nacionalista y conservadora, aunque creía sinceramente que representaba los intereses del «internacionalismo proletario» (10).

La filosofía emancipatoria, matizada y esotérica del marxismo primigenio demostró su incompatibilidad con las necesidades profanas de tomar el poder y modernizar por la fuerza a sociedades atrasadas, así que tuvo que transformarse en una técnica para movilizar y controlar a la población, tarea emprendida por Lenin y sus epígonos con marcado éxito. Los países dependientes y débiles del Tercer Mundo requieren asimismo de una ideología de integración y autoafirmación con respecto a los poderosos centros metropolitanos, dado que su misma identidad nacional está recién en formación. Por tanto, se hace obligatoria la renovación de imágenes colectivas de índole nacionalista, lo que va acompañado por el renacimiento de algunos aspectos y episodios de la evolución histórica del país respectivo que parecen ajustarse a los ideales modernizantes. La Unión Soviética ha establecido los patrones al uso al revalorizar personajes como Iván el Terrible, Pedro el Grande y algunos héroes militares, pasando por alto deliberadamente las connotaciones despóticas de estas figuras históricas. Finalmente,

tradicional que debe cumplir involuntariamente la nueva capa de dirigentes y burócratas en el poder después de la revolución socialista.

(10) BRZEZINSKI: *op. cit.*, págs. 135 y sigs.

las elites dirigentes expulsan a sus intelectuales más lúcidos y ensalzan a sus burócratas más inescrupulosos y de menos cultura cosmopolita, pues los requerimientos del sistema van hacia la conservación del régimen, la petrificación de sus estructuras interiores y la manipulación de la vida social, para lo cual, evidentemente, no se precisan los servicios de gente imbuida de espíritu crítico.

Este proceso, llevado a cabo en lo principal por Stalin, si abstraemos momentáneamente de sus excesos, ha tenido lugar en los intentos socialistas de modernización en todas las naciones periféricas. Y la base teórica para todo esto reside paradójicamente en la *teoría de la revolución permanente*: Trockij puede ser reputado el primer teórico socialista de la modernización forzada. Invirtiendo el pensamiento de Marx, Trockij afirmó que precisamente en las sociedades menos avanzadas la clase proletaria podría tomar el poder y empezar con la edificación del socialismo antes que en los países más desarrollados (11). Aunque Trockij vinculó este teorema con la necesidad de una cooperación internacional y con la idea de que la economía mundial como conjunto estaba ya madura para la revolución socialista, el terreno para la construcción concreta de la nueva sociedad fue trasladado a las regiones de la periferia mundial: en éstas tendría que suceder lo que no pasaba en los centros metropolitanos, con lo que se salvaría —según Trockij— la concepción misma de la revolución proletaria. Esta ya no sería para Trockij la culminación de una evolución generada por el capitalismo, sino una tarea que reemplazaba al período burgués, consistiendo en realidad en lograr la modernización que faltaba si se medía todo por los parámetros metropolitanos (12).

No hay por qué asombrarse de estas modificaciones hechas al marxismo original. Trockij, al igual que los otros dirigentes comunistas, estaba encandilado por la modernidad occidental y creía sinceramente que el «progreso» para las regiones subdesarrolladas residiría en «alcanzar» y «sobrepasar» a Europa y los Estados Unidos: en una de sus obra postreras y más criticadas, defendió el «derecho a la victoria del socialismo» exclusivamente en términos «del hierro, del cemento y de la electricidad» (13). El ímpetu modernizante de Trockij y de la inmensa mayoría de los pensadores y dirigentes socialistas no ha sabido proyectar una alternativa a la sociedad in-

(11) L. D. TROCKIJ: *Die permanente Revolution* (La revolución permanente), Berlín, Die Aktion, 1931, págs. 62 y 138.

(12) L. D. TROCKIJ: *Soviet Bonapartism*, en R. V. Daniels (comp.): *The Stalin Revolution*, Lexington, Heath, 1965, pág. 98.

(13) L. D. TROCKIJ: *Verratene Revolution* (La revolución traicionada), Francfort, Neue Kritik, 1968, pág. 12.

dustrial originada en Occidente, haciéndose dictar los criterios mismos del progreso por el incriminado régimen capitalista. Esta actitud fundamentalmente acrítica conduce a una percepción bastante distorsionada tanto del sistema «burgués» como de los experimentos socialistas: el mismo Trockij, generalmente más lúcido que muchos marxistas, censuró a las sociedades occidentales principalmente porque el capitalismo en ellas condenaba la esfera económica a «la anarquía y a la decadencia», no permitiendo una modernización ulterior (14); la Unión Soviética bajo Stalin era para Trockij, pese a todos sus lados negativos, un socialismo «deformado burocráticamente», pero socialismo al fin y al cabo, y como tal muy superior a las formas más adelantadas del capitalismo (15).

Otro elemento central es que la relevancia a largo plazo de Lenin, Trockij, Bujarin y Stalin no consiste en haber establecido, consolidado y expandido internacionalmente el primer régimen socialista y la revolución proletaria, sino en haber formulado y llevado a la praxis una concepción autoritaria y estatista de la modernización acelerada en naciones periféricas recurriendo a la propiedad estatal de los medios de producción. El voluntarismo de Lenin, la revolución permanente de Trockij, la industrialización y colectivización forzadas de Stalin y el teorema del eslabón más débil en la cadena imperialista de Bujarin (16) representan diversos aspectos de una misma intención política: el sobrepasar etapas históricas —si nos atenemos al esquema evolutivo engelsiano— y el edificar la civilización industrial de manera consecuente y enérgica y sin ninguna concesión al desarrollo espontáneo sostenido por innumerables iniciativas aisladas. La inmadurez económica de un país industrialmente atrasado garantizaría la madurez política de su proletariado y, particularmente, de su vanguardia intelectual, el partido comunista; es decir, las regiones subdesarrolladas estarían potencialmente más adelantadas en el plano político que los centros metropolitanos y su camino casi obligatorio hacia la civilización industrial sería aquel que saque provecho de esta constelación específica confiando la dirección de un proceso acelerado de modernización a esas vanguardias que representan y guían los intereses proletarios. Así, las desventajas que ostentan las regiones más desfavorecidas a nivel comparativo mundial se transforman «dialécticamente» en ventajosos puntos de partida tanto para la modernización como para la instauración del socialismo. ¿Cómo no va a ser popular esta ideología?

La fascinación del socialismo en las periferias mundiales opera en planos unidos entre sí: estos experimentos socioeconómicos brindan aparente-

(14) L. D. TROCKIJ: *Soviet Bonapartism*, op. cit., pág. 99.

(15) *Ibidem*, pág. 100.

(16) Cfr. M. RIBEL: *Le «chaînon le plus faible»*, op. cit., págs. 100 y sigs.

mente una posibilidad de rápido desarrollo técnico-industrial y atribuyen indefectiblemente una posición dirigente ilimitada a los partidos que dicen encarnar a las vanguardias proletarias. Lenin ha sido la conjunción de estas dos corrientes: su concepción del partido de un «nuevo tipo», que implicaba ya una imagen tecnicista de los recursos humanos y de su movilización, se complementaba con una exaltación acrítica e ingenua de las posibilidades tecnológicas del hombre; él creía que la sociedad técnicamente perfecta sería al mismo tiempo socialmente perfecta y que la cultura del futuro adoptaría un carácter industrial-colectivista. Este nexo entre tecnología y socialismo, que representa el legado de Lenin a Rusia, vincula la Revolución de Octubre con otros intentos anteriores de modernización acelerada, como el emprendido por Pedro el Grande, cuyos objetivos y métodos (claramente despóticos) fueron aprobados explícitamente por Lenin y Stalin.

Es importante insistir sobre el hecho de que estos modelos de modernización acelerada en las periferias conservan elementos centrales de las tradiciones propias en los terrenos de la cultura y la política, y muy especialmente en el campo de los modos de ejercer el poder. Ninguna innovación puede abstraer totalmente de lo existente en el momento de su implementación, y menos aún en la esfera sociopolítica. Para hacer aceptables los nuevos patrones de desarrollo con respecto a la economía, la tecnología y el comportamiento laboral, los dirigentes, conscientemente o no, revalorizan lo autóctono y el llamado acervo nacional en asuntos tales como los estilos de culturas populares, las pautas de conducta individuales y familiares y las «costumbres» políticas. En cuanto a esto último, se trata generalmente de herencias autoritarias y de tradiciones prerracionales y preburguesas, no muy proclives a las formas contemporáneas de la democracia. La modernización económico-técnica tiende entonces a perpetuar modelos despóticos de dominación: Ghengis Khan con telégrafo.

Hasta Marx lanzó su advertencia contra esta posibilidad de la barbarie. La discusión acerca del *despotismo oriental* y sus implicaciones actuales (17) ha llamado la atención sobre la posibilidad de reproducir elementos tradicionalmente autoritarios y hasta tiránicos en los regímenes socialistas: puede darse una reedición del despotismo oriental fundado en la industria moderna y en una especie de esclavitud generalizada dirigida por el Estado.

(17) Sobre esta temática, cfr. KARL AUGUST WITTFOGEL: *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, New Haven, Yale University Press, 1967; ROGER GARAUDY (comp.): *Sur le mode de production asiatique*, París, Éditions Sociales, 1969; R. BARTRA: *El modo de producción asiático*, Méjico, Era, 1969; GIANNI SOFRI: *El método de producción asiático. Historia de una controversia*, Barcelona, Península, 1972.

